CAPÍTULO XVI

Levantamiento de los campesinos

DESDE el invierno de 1788, y sobre todo desde marzo de 1789, el pueblo, hemos dicho, no pagaba ya los censos a los señores. Que al efecto hubiera sido excitado por revolucionarios burgueses, nada más cierto: había muchos hombres entre la burguesía de 1789 que comprendían que sin una insurrección popular no acabarían jamás con el poder absoluto. Que las discusiones de las Asambleas de los Notables, en que se habló de los derechos feudales, excitaran al motín, y que la redacción, en las parroquias, de los cuadernos (que habían de servir de guías para los representantes en las primeras elecciones) haya obrado en el mismo sentido, se comprende. Las revoluciones no son jamás un resultado de la desesperación, como suelen pensar los revolucionarios jóvenes que creen generalmente que del exceso

del mal puede salir el bien. Por el contrario, en 1789 había entrevisto el pueblo una esperanza de liberación próxima, y por lo mismo se rebelaba con mayor entusiasmo. Pero no basta esperar, es necesario obrar: se han de pagar con la vida las primeras rebeldías que preparan las revoluciones, y eso es lo que hizo el pueblo.

Cuando el motín se castigaba con la argolla, el tormento y la horca, ya se rebelaban los campesinos. Desde noviembre de 1788 los intendentes escribían al ministro que era imposible reprimir todos los motines. Tomados separadamente, ninguno tenía gran importancia; pero considerados en conjunto, minaban el Estado en sus fundamentos.

En enero de 1789 se redactaban los cuadernos de quejas y se hacían las elecciones, y desde entonces comenzaron los campesinos a negar la servidumbre corporal a los señores y al Estado. Formáronse asociaciones secretas, y de cuando en cuando aparecía por aquí o por allá algún señor ejecutado por los *Jacques*. En unas partes los recaudadores de impuestos eran recibidos a palos; y en otras partes se expropiaba a los señores y se labraban las tierras expropiadas.

De mes en mes se multiplicaban las rebeldías, y en el mes de marzo todo el Este de Francia estaba en insurrección. Verdad es que el movimiento no era continuo ni general; una sublevación agraria no lo es nunca. Hasta es muy probable, como sucede siempre en las insurrecciones de los campesinos, que hubiera un momento de tregua de los motines en la época de los trabajos de los campos, en abril, y después al principio de las cosechas; pero en cuanto se recogieron las primeras cosechas, en la segunda mitad de julio y en agosto de 1789 los levantamientos estallaron con una fuerza nueva, sobre todo en el Este, el Nordeste y el Sudeste de Francia.

Faltan documentos precisos sobre este levantamiento; los publicados son muy incompletos y la mayor parte llevan la marca del espíritu de partido. Si nos dirigimos al *Monitor*, que, como es sabido, comenzó a publicarse en 24 de noviembre de 1789, y cuyos 93 números, desde 8 de mayo a 23 de noviembre de 1789, han sido fabricados

después en el año IV (1), hallamos una tendencia a demostrar que todo el movimiento era obra de los enemigos de la Revolución: gentes sin corazón que se aprovechaban de la ignorancia de los campesinos. Otros llegaron a decir que los nobles, los señores o los ingleses eran quienes les sublevaban. En cuanto a los documentos publicados por el Comité de investigaciones, en enero de 1790, tienden más bien a representar todo como una equivocación, como fechorías de bandidos que devastaban los campos, contra los cuales se armó la burguesía hasta que consiguió exterminarlos.

PROPAGANDA REALISTA

Se comprende hoy cuán falsa es esta manera de presentar los acontecimientos, y es seguro que si alguien se tomara el trabajo de buscar en los archivos y de estudiar a fondo los documentos que en ellos existan, podría hacerse una obra de gran valor: obra tanto más necesaria, cuanto que los levantamientos de campesinos continuaron hasta la abolición de los derechos feudales por la Convención, en el mes de agosto de 1793, y amenazaban continuar hasta que los municipios recibieran el derecho de recuperar las tierras comunales de que habían sido desposeídos durante los dos siglos anteriores. Por el momento, no estando hecha esa investigación de los archivos, hemos de limitarnos a lo que se pueda espigar en algunas historias locales, en ciertas memorias y en algunos autores, explicando al mismo tiempo el levantamiento de 1789 por la luz que sobre esta primera explosión proyectan los movimientos mejor conocidos de los años siguientes.

Que la escasez entró por mucho en esos motines, es cierto; pero su motivo principal era la abolición de los censos feudales, consignados en los registros, lo mismo que los diezmos, y el deseo de apoderarse de la tierra.

(1) Además, los números del 24 de noviembre de 1789 al 3 de febrero de 1790 fueron también renovados en el año IV.

Hay además un rasgo característico para esos motines: quedan aislados en el centro de Francia, el Mediodía y el Oeste, excepto Bretaña; pero son muy generales en el Este, el Nordeste y el Sudeste. En el Delfinado, el Franco-Condado y el Maçonés es donde más cunde el movimiento. En el Franco-Condado, casi todos los palacios fueron incendiados, dice Doniol (*La Révolution française et la féodalité*, p. 48); tres palacios (1) de cada cinco fueron saqueados en el Delfinado; después siguen la Alsacia, el Nivernés, el Beaujolés, la Borgoña y la Auvernia.

En general, como lo he hecho notar en otro lugar, si se marcaran sobre un mapa las localidades en que se produjeron los levantamientos, ofrecería una semejanza notable con el mapa «de los trescientos sesenta y tres», publicado en 1877 después de las elecciones que afirmaron la tercera república. La parte oriental de Francia aceptó principalmente la causa de la Revolución, y esa misma parte permanece siendo la más avanzada hasta nuestros días.

Doniol ha notado justamente que el origen de esos levantamientos estaba ya en los cuadernos que fueron escritos antes de las elecciones de 1789. Como se había encargado a los campesinos que expusieran sus quejas, estaban seguros de que se haría algo por ellos. La *fe* en que el rey, a quien se habían dirigido, o la Asamblea, o cualquier otro poder les vendría en ayuda para remediar sus males, o al menos les permitiría remediarlos por sí mismos, les impulsó a rebelarse en cuanto se hicieron las elecciones y aun antes que se reuniera la Asamblea.

Cuando los Estados generales comenzaron sus sesiones, los rumores que llegaban de París, por vagos que fuesen, hicieron creer necesariamente a los campesinos que había llegado el momento

(1) *Chateaux* dice el original. La palabra *chateau*, en su sentido de morada señorial, no tiene traducción exacta en español. *Castillo*, su traducción literal, significa generalmente fortaleza, y aunque muchos de los edificios así denominados en Francia tengan ese carácter, la mayor parte son verdaderos palacios, con su aspecto predominante de casa de placer. En el Diccionario Larousse, *chateau* es: morada feudal fortificada, habitación real o señorial y grande y bella casa de campo. Por eso, y porque los campesinos rebeldes entraron revolucionariamente en ellos sin ninguna o con escasa resistencia, he traducido *chateau* por *palacio*. Confirma esta interpretación la frase francesa: *faire des chateaux en Espagne*, que no significa hacer castillos, sino forjarse ilusiones placenteras.—*N. del T.*

de exigir la abolición de los derechos feudales y de readquirir las tierras.

El menor apoyo que encontraran, sea de parte de los revolucionarios, de los orleanistas o de otros agitadores, bastaba para sublevar los pueblos, dadas las noticias graves que llegaban de París y de las ciudades insurrectas. No hay duda en que se aprovechaba en los campos el nombre del rey y el de la Asamblea: hay numerosos documentos que hablan de falsos decretos del rey o de la Asamblea circulados en los pueblos. En todas sus rebeldías, en Francia, en Rusia, en Alemania, los campesinos han procurado siempre decidir a los vacilantes; más aún, persuadirse ellos mismos de que había alguna fuerza dispuesta a sostenerlos; eso daba más conjunto a la acción y, en caso de fra-

ARTE REVOLUCIONARIO

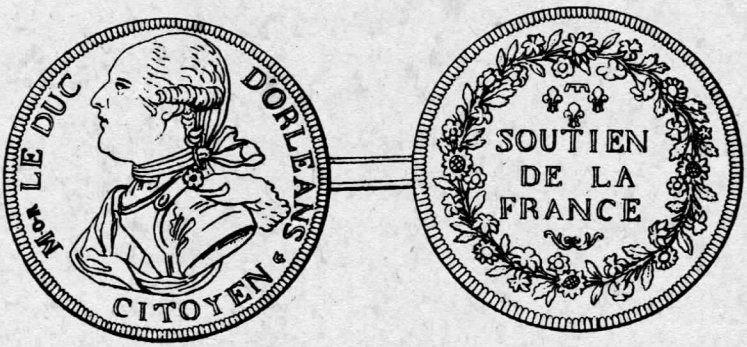
caso y de persecuciones, servía además de excusa. Se había creído obedecer, y la mayor parte lo creían sinceramente, a los deseos, si no a las órdenes, del rey o de la Asamblea, y he ahí cómo, en cuanto se hizo la primera cosecha durante el estío de 1789 y se comió bien en los pueblos y los rumores llegados de Versalles y de París llegaron a sembrar la esperanza, los campesinos comenzaron la rebeldía: se dirigieron a los palacios para destruir los archivos, los registros, los títulos, reduciendo todo a cenizas, incluso los edificios si los señores no renunciaban con amable condescendencia a los derechos feudales.

En las inmediaciones de Vesoul y de Belfort comenzó la guerra a los palacios el 16 de julio, en cuya fecha el palacio de Sancy y los de Lure, de Bithaine y de Molans fueron saqueados. Pronto se sublevó toda la Lorena. «Los campesinos, persuadidos de que la Revolución iba a introducir la igualdad de las fortunas y de las condiciones, se han rebelado contra los señores» — dice el *Courrier français*, p. 242 y siguientes.— En Saarlouis, Forbach, Sarreguemines, Phalsbourg y Thionville, fueron expulsados los encargados de las haciendas, y sus oficinas saqueadas e incendiadas. La sal se vendía a tres sueldos la libra. Los pueblos próximos imitaban a las ciudades.

En Alsacia, el levantamiento de los campesinos fué casi general. En ocho días, a fin de julio, fueron destruídas tres abadías; once palacios fueron saqueados, destruyendo y quemando todos los libros y registros de impuestos, de censos y de trabajos personales. En ciertas comarcas se formaron columnas móviles de campesinos, fuertes de centenares y aun de miles de hombres que venían de localidades próximas, con objeto de atacar los castillos-palacios más fuertes: los sitiaban, se apoderaban de todos los papeles y con ellos hacían fogatas públicas. Las abadías se saqueaban con la misma intención que las casas de los ricos negociantes en las ciudades. Todo fué destruído en la abadía de Murbach, que probablemente opondría resistencia (1).

(1) Según Strobel (*Vaterlandiséhe Geschichte des Elsasses*), a sublevación se producía generalmente del siguiente modo: se insurreccionaba un pueblo, y en seguida se formaba una partida compuesta de habitantes de pueblos diversos, que iban juntos a atacar los palacios. Algunas veces esas partidas se ocultaban en los bosques.

En el Franco-Condado, según Sommier (1), los primeros grupos se formaron en Lons-le-Saunier, el 19 de julio, cuando se tuvo noticia de los preparativos del golpe de Estado y la caída de Necker, pero ignorando aún la toma de la Bastilla. Pronto se formaron grupos, y la burguesía armó el mismo día su milicia (llevando la escarapela de los tres colores) para resistir «las incursiones de los bandidos que infectan el reino» (ps. 24-25). El levantamiento comenzó en los pueblos: los campesinos se repartían los prados y los bosques de los señores; en otras partes obligaban a los señores a renunciar a sus derechos



PROPAGANDA REALISTA

sobre las tierras que antes habían pertenecido a los municipios; o sencillamente entraban en posesión de los bosques antes comunales. A la abadía de los Bernardinos se le quitaron todos los títulos que poseía en los municipios vecinos (Eduard Clerc, *Essai sur l'histoire de la Franche-Comté*, 2.ª edic., Besançon 1870). En Castres, comenzaron las rebeldías después del 4 de agosto. En esta población se percibía en especie un derecho — tanto por «setier» (medida de áridos) — sobre todos los trigos de fuera de la provincia: era un derecho feudal que el rey arrendaba a los particulares. El día 19 de agosto, en cuanto llegó a Castres la noticia de la noche del 4, el pueblo se sublevó exigiendo la abolición de ese derecho, e inmediatamente la burguesía, que desde el 5 había constituído la guardia nacional, fuerte de 600 hom-

(1) *Histoire de la Révolution dans le Jura*, París, 1846, p. 22. Se ve, por una linda canción, dada en el cuaderno de Aval, cuál era la tendencia en el Jura.

bres, se dedicó a restablecer «el orden». Pero en los campos la insurrección rodaba de pueblo en pueblo, y los palacios de Gaix, de Montledier, la cartuja de Faix, la abadía de Vielmur, etc., fueron saqueados y destruídos sus archivos (1).

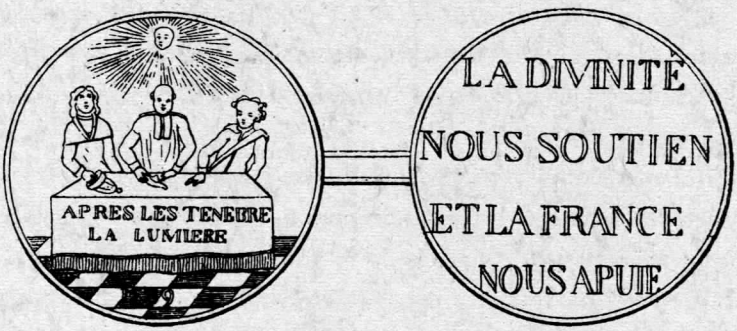
En Auvernia, los campesinos tomaron muchas precauciones para poner el derecho de su parte; y cuando iban a un palacio a quemar los archivos anunciaban al señor que lo hacían de orden del rey (2). Pero en las provincias del Este no tenían inconveniente en declarar abiertamente que había llegado el tiempo en que el Tercer Estado no permitiría la dominación de los nobles ni de los religiosos. El poder de esas dos clases había durado demasiado, y ya era hora de abdicar. Respecto de muchos de esos señores, empobrecidos, residentes en el campo y quizá amados en el vecindario, los campesinos rebeldes guardaron muchas consideraciones personales: no les hacían ningún mal; no tocaban a su pequeña propiedad personal; pero respecto de los archivos y de los títulos de propiedad feudal eran inflexibles: los quemaban después de haber forzado al señor a jurar el abandono de sus derechos.

Como la burguesía de las ciudades, que sabía muy bien lo que quería y lo que esperaba de la Revolución, también los campesinos sabían perfectamente lo que querían: las tierras de cuya posesión habían sido despojados los municipios debían serles devueltas, y todos los censos nacidos del feudalismo debían anularse. La idea de que habían de desaparecer los ricos penetraba ya, mas por el momento la jacquería se limitaba a las cosas, y si hubo casos en que un señor fuera maltratado, eran casos aislados y generalmente se explicaban

(1) Anacharsis Combes. *Histoire de la ville de Castres et de ses environs pendant la Revolution française*. Castres, 1875.

(2) M. Xavier Roux, que ha publicado en 1891 bajo este título *Mémoire sur la marche des brigandages dans le Dauphiné, en 1789*, las deposiciones completas de una información hecha en 1789 sobre este asunto, atribuye todo el movimiento a agitadores: «Excitar al pueblo a rebelarse contra el Rey no hubiera dado resultado», dice el autor. «Se llegó al objeto dando un rodeo. Se adoptó y se ejecutó sobre toda la superficie del territorio un plan singularmente atrevido, que se resume en estas palabras: amotinar al pueblo en nombre del rey contra los señores; una vez vencidos los señores, precipitarse sobre el trono, ya sin defensa, y derribarle (p. IV de la Introducción).» No obstante, véase esta declaración del mismo M. Roux: «Todas las informaciones que se han verificado no han revelado jamás el nombre de un solo agitador» (p. V). El pueblo entero entraba en esta conspiración.

por la acusación de haber sido un logrero, uno de los especuladores sobre la escasez. Si se entregaban los archivos y se hacía la renuncia, todo se arreglaba amistosamente: se quemaban los archivos, se plantaba «un Mayo» en la villa, se ataban a sus ramas los emblemas feudales (1) y se danzaba la ronda alrededor del árbol. Si había habido resistencia, si el señor o su intendente habían apelado a la guardia rural y si había habido tiros, entonces se saqueaba el palacio y frecuentemente terminaba con el incendio. Así se cuentan treinta pala-



PROPAGANDA REALISTA

cios saqueados o quemados en el Delfinado; cerca de cuarenta en el Franco-Condado; setenta y dos en el Maçonés y el Beaujolés; nueve solamente en Auvernia, y doce monasterios y cinco palacios en el Vienés. Nótese de paso que los campesinos no hacían distinciones respecto de las opiniones políticas, y lo mismo atacaban los palacios de «patriotas», que los de los «aristócratas».

¿Qué hizo la burguesía frente a esos motines?

Si había en la Asamblea cierto número de hombres que comprendían que el levantamiento de los campesinos representaba en aquel momento una fuerza revolucionaria, la masa de los burgueses en provincias no vió en ella más que un peligro contra el que era preciso

(1) Algunas veces en el Mediodía se ponía esta inscripción: «De orden del Rey y de la Asamblea Nacional, finiquito final de las rentas». (Mary Safon, *Histoire politique du Midi de la France*, 1842-1845, t. IV, p. 377.)

armarse. Lo que entonces se llamó el «gran miedo», sobrecogió, en efecto, a muchas ciudades en la región de las sublevaciones. En Troyes, por ejemplo, entraron unos campesinos armados de hoces y de garrotes dispuestos probablemente a saquear las casas de los logreros, y la burguesía—«todo lo que hay de honrado en la burguesía» (*Monitor*, I, 378—se armó contra «los bandidos» y los rechazó. El mismo hecho se produjo en muchas otras ciudades; el pánico se apoderó de los burgueses, y se esperaba a «los bandidos». Se habían *visto* «seis mil» avanzando para saquear todo, y la burguesía se apoderaba de las armas existentes en el Hôtel de Ville o en las armerías, y organizaba su guardia nacional, temiendo mucho que los pobres de la ciudad, haciendo causa común con «los bandidos», atacasen a los ricos.

En Perona, capital de la Picardía, los habitantes se rebelaron en la segunda mitad de julio. Incendiaron las oficinas de consumos, echaron al agua a los oficiales de la aduana, y se apoderaron de la recaudación en las oficinas del Estado y libertaron los presos de las cárceles. Todo lo cual se hizo antes del 28 de julio. En la noche de aquel día—escribía el alcalde de Perona—a la recepción de las noticias de París, Hainault, Flandes y toda la Picardía tomaron las armas y se tocó a rebato en todas las poblaciones grandes y pequeñas. Trescientos mil hombres de patrullas burguesas estaban en permanencia, y todo para recibir dos mil «bandidos» que, según se decía, recorrían los pueblos con el propósito de quemar las cosechas. En el fondo, como alguien dijo a Arthur Young, todos esos «bandidos» no eran más que honrados campesinos que, sublevados y armados de horquillas, hoces y garrotes, obligaban a los señores a abdicar sus derechos feudales, y detenían a los pasajeros si estaban «por la nación». El alcalde de Perona lo dijo claramente: «Queremos estar en el terror. Gracias a los rumores siniestros, podemos tener sobre las armas un ejército de tres millones de burgueses y de campesinos en toda Francia».

Adrien Duport, muy conocido en la Asamblea y en el Club Bretón, se vanagloriaba de haber armado de esa manera los burgueses en gran

número de ciudades. Tenía dos o tres agentes, «hombres decididos pero obscuros», que evitaban las ciudades, pero que al llegar a un pueblo anunciaban que «los bandidos llegarían pronto». Según los tales emisarios, vendrían quinientos, mil o tres mil, quemando en

EL GUEN DE KERANGALL

Primer noble que en la noche del 4 de agosto renunció a sus privilegios

las inmediaciones todas las cosechas para poder así reducir al pueblo al hambre...

Entonces se tocaba a rebato, los campesinos se armaban y el rumor aumentaba a medida que el rebato se extendía de pueblo en pueblo; ya eran seis mil bandidos cuando el siniestro rumor llegaba hasta una gran ciudad. Se les había visto a una legua de distancia, en tal bosque, y el pueblo, y sobre todo la burguesía, se armaban y enviaban sus patrullas al bosque, para no descubrir nada en él. Pero

se estaba armado; y ¡cuidado con el rey! Así, cuando el rey quiso evadirse en 1791, halló los ejércitos campesinos en su camino.

Se concibe el terror que esos levantamientos sembraban por todas partes en Francia; se concibe la impresión que producirían en Versalles, pues bajo el imperio de ese terror la Asamblea Nacional se reunió la noche del 4 de agosto para discutir las medidas que habrían de adoptarse para sofocar la jacquería.